

EL MEDIO ORIENTE, SU GEOGRAFIA Y SU HISTORIA. EL DETERMINISMO GEOGRAFICO

por *Bedri Tahir Saman*

Señores:

Séame permitido, conforme a las normas de cortesía, expresar, ante todo, mi gratitud por la amable y afectuosa acogida que me habéis dispensado. Estaré orgulloso de tan señalada afabilidad que, sinceramente, me conmueve, y a la que siempre quedaré reconocido.

Estimo, en su justo valor, la ocasión que se me da de improvisar una sencilla charla, simplemente como amigo, con vosotros; y aun me place añadir que a título de conterráneo.

¿Conterráneo? Sí, porque una idea no dejó de perseguirme desde mi llegada a este país de delicias y maravillas que es Chile, a este país del Nuevo Mundo, de clima exquisitamente mediterráneo, tan alejado del medio en que yo nací. Esa idea tenía despierta mi curiosidad. Curiosidad que provenía de comprobar que había un grupo de hombres con los cuales era agradable encontrarse. Sin saber por qué, estaba a gusto en su compañía. También ellos parecían no estar descontentos con esta mutua y afectuosa atención.

Al principio no me preocupaba ni sospechaba que hubiera motivos particulares. En el fondo, no creía distinguir alguno, pues, como los otros ciudadanos del país, hablaban el mismo idioma chileno. Nada, pues, había que señalar.

Pero, impulsado constantemente por instinto, hacia esta clase de grupo, me resolví un día a analizar este sentimiento que

en mí notaba. Es decir, me resolví a intentar esclarecer un poco este estado de alma y de espíritu y a determinarlo, si era posible, gracias al elemento lógico. Confiaba en llegar a ello. Una vaga y previa convicción me lo prometía discretamente. Además, esta especie de auto-examen analítico y privado que yo me imponía, pensaba que no sería una tarea llena de obstáculos. Efectivamente, llegué a ello de un golpe, fácilmente, rápidamente, casi automáticamente. Esta prueba me dió una sensación de descubrimiento: existía, de hecho, entre ellos y yo, una relación psíquica, un lazo de corazón más bien que un vínculo de razón. Algo que yo podría denominar, a la manera werteriana, como un parentesco electivo.

Ahora bien, había algo más que un parentesco de elección entre yo y este grupo de hombres que me gustaba frecuentar y que me trataban tan benévola y cordialmente. Advertí que se trataba de una cosa forzosa, obligatoria.

En resumen, debí reconocer que se trataba de una mentalidad y de una espiritualidad común, un parentesco de medio. Ya que todos los miembros de este grupo humano tenían, como origen, la misma región, el mismo medio. Era el mismo círculo de cultura, la cuenca oriental del Mediterráneo, cuna de la civilización occidental, uno de cuyos principales países ribereños es mi patria.

El Medio o Cercano Oriente, como base histórica y realidad geográfica, nos enlazaba, pues, sin darnos cuenta. Se tiende a rechazar el determinismo geográfico. Se puede, sin duda, aducir para ello sus exageraciones; pero se sufren sus consecuencias, no obstante cualquier oposición.

¿Qué naturaleza presenta este cuerpo de unión, este aglutinante? ¿Qué cosa es el Medio o Cercano Oriente? Pues bien, llegamos así al comienzo, a la obligación de dar una definición. El espíritu humano, a lo que parece, encuentra, en eso, una satisfacción, una especie de refugio mental y, a veces, un salvamento intelectual. Bien sabido es que el Medio Oriente es, por de pronto, una noción geográfica y, teniendo en cuenta que la noción del espacio no es sino una función de la del tiempo, es una noción histórica distinta. En consecuencia, en virtud de la lógica formal, es un organismo geográfico-histórico.

Esta unidad en pluralidades, o esta diversidad en unidades evoca, a primera vista, la idea de un mosaico. Más precisamente,

un cuadro en mosaico cuyas líneas y colores parecen encontrarse en movimiento continuo. Más aun, esta ebullición nerviosa proveniente de un fermento eterno, parece a veces desfigurar completamente el contenido, romper los contornos y, aun, destruir el marco. Este cuadro, en plena e ininterrumpida efervescencia, tiene el aire extraño de un desvarío de la realidad. Es, aproximadamente, un sueño real...

Ahora bien, pese a esta impresión sensacional y palpitante que de por sí solo provoca el mágico nombre de Cercano Oriente, esta entidad cultural distinta presenta, por múltiples razones, una de las más palpables realidades geográficas e históricas. No obstante sus cambios en cuanto a sus líneas y colores, este cuadro-mosaico guarda, desde los albores de la historia de la humanidad, su substancia esencial, su personalidad irreductible. El Cercano Oriente, pues, continúa pareciéndose sólo a sí mismo.

El ofrece eternas variaciones sobre un motivo inalterable e inagotable. El nombre de Cercano Oriente es casi el símbolo de la eternidad sobre labios mortales.

¿Cuáles son, en el fondo, las fronteras de esta realidad de misterio?

No es necesario decir que, zarandeada por siglos y siglos entre los tres continentes celosos del Viejo Mundo, esta comarca, encrucijada colosal, tenía que tener límites cambiantes. Escapaba a toda pedantesca determinación. Caprichosa y conmovedora, siempre se escurría de las temblorosas manos de los cartógrafos o indulgentes.

Como todo organismo vivía aumentando y disminuyendo y, por tanto, sus contornos se formaban y se deformaban sin cesar y con una vehemencia despótica. Era un ritmo de vida cruelmente majestuoso.

En una palabra: dominada a veces desde el exterior por las fuerzas morales y materiales del Asia y Europa, convulsionada otras, crispada, torturada en el interior por tensiones de superficie o de profundidad, la región del Cercano Oriente llegó, sin embargo, a asegurarse un marco, elástico, sí, pero seguramente auténtico.

Semejante a la naturaleza de su encuadramiento, el contenido se distinguió siempre por su flexibilidad de espíritu en un grado excepcional. Fué el resultado de fuerzas quebrantadoras que aseguraron esta vitalidad flexible y tenaz a la vez.

¿Cuál es el punto concéntrico, el medio de convergencia, el centro de gravedad geográfico-histórico del Cercano Oriente? Es, a no dudarlo, la región comprendida entre el Taurus y el Sinaí, región que denominaremos, de una manera más clásica y menos arbitraria, ni más ni menos que «la Siria». ¡Por qué no concederle a este puente de unión, a esta región entre las distintas partes de nuestra región, el nombre de «Corazón» del Medio Oriente, a manera de adjetivo calificativo, si os place!...

Por lo demás, la capacidad adhesiva, la energía de atracción que, por milenios, emanaba de este istmo de codicia, le impuso la función de garantizar la circulación de la sangre de este organismo que se llama el Medio Oriente.

¿No fué así cómo los innumerables pueblos que antaño habitaron esta región, para comunicarse como amigos o como enemigos se vieron obligados a pasar por este medio único de comunicación, por este corredor fatal de la historia?

De todos los prototipos —representantes de la actividad del genio humano, del sabio y del combatiente, del artesano y del comerciante—, la musa de la historia, deliciosamente caprichosa, quiso siempre mostrar los mejores ejemplos en la escena apacible y sangrienta a la vez de este teatro de luchas eternas por los bienes morales y materiales. Todos estos actores, divinamente humanos o humanamente divinos, atraídos por una tentación irresistible de no importa qué rincón del mundo, afluyeron y se arrojaron con ímpetu supremo sobre esta tierra prometida y comprometida bajo el cielo, sobre este país «de vino y de miel».

Por eso, este desfiladero de los felices fué, es cierto, la ancha puerta de perdición para aquellos que buscaron la fortuna en conquistas egoístas. Pero, por otra parte, este campo de gloria, que dió impulso al mundo del Cercano Oriente, ha cumplido plenamente su misión geográfico-histórica. Porque fué ahí donde todos los pueblos de esta región se cruzaron y, condenados a vivir unos junto a otros, se educaron en la mutua cooperación de las colectividades parciales.

Esta simbiosis gigante fué la más fenomenal de las historias concebibles... Para tener una idea sumaria y global de los valores constantes acumulados en este depósito de la Historia, bastaría echar una mirada retrospectiva. Intentemos sobrevolar con rapidez atómica, y pasar revista a su Historia, ya de por sí vertiginosa. Sucintamente: Este país líbano-sirio-palestino, ve-

rosímilmente habitado, en sus orígenes, por autóctonos mediterráneos, sufrió —otra vez en lenguaje clásico—, en primer lugar, la influencia sin intervalos de los pueblos semíticos, durante las cinco grandes inmigraciones de estos últimos.

Fué, sobre todo, el desierto el que selló su suerte.

Parecía como si el desierto famélico hubiera caído enamorado sobre este cuerpo opulento y succulento, expuesto en las orillas de un mar dulce y que brillaba como una estrella mágica y fantasmagórica en los confines de la fértil creciente. La maravillosa Siria no podía evitar este abrazo; estaba destinada a sentir y resentir las vibraciones del desierto en delirio. Este desierto, ávido de poseerla, enviaba, para su rapto, a sus hijos más intrépidos, a sus más fantásticos caballeros, a sus negociantes más hábiles, a sus profetas más convincentes.

Este proceso se presentaba, a veces, bajo la forma explosiva de conquistas, de expansiones torrenciales, de éxodos patéticos, de inmigraciones dramáticas. En ocasiones la infiltración se efectuaba casi clandestinamente, con la complicidad de la luna, pero inevitablemente, gota a gota, como una endósmosis...

La mirada histórica, en la forma televisitaria de los primeros milenarios, no ofrece a nuestros ojos sino cuadros confusos que se suceden desatinadamente, pero que, a pesar de su embrollo, conservan invariable su substancia. Esta quintaesencia constante de este Corazón, semejante a un germen imperecedero, brotaba y florecía con mayor fuerza tras cada fracaso. Era su vivacidad innata, mítica y legendaria.

Esta comarca de transición se encontraba a medio camino entre los dos grandes centros de cultura, Egipto y Mesopotamia. El Nilo y el Eufrates, abundosos ríos, rápidos o lentos, permitían la aglomeración demográfica susceptible de favorecer la aparición y la evolución de las culturas.

Ambos dieron nacimiento a encuadramientos sociales, formando así focos de irradiación cultural.

En el valle meridional de Mesopotamia, ocupado por los Sumeros, originarios del Asia Central, se fundó —probablemente con la discreta y lejana ayuda de la cultura de la India— la base parcial de la civilización fundamental del Cercano Oriente. Los Sumeros fueron los primeros que efectuaron la unión regional, uniendo el Golfo Pérsico con el Mediterráneo. Este paso inicial

hacia la Unidad regional necesitaba ya la existencia de la Siria como entidad geográfica, como elemento primordial.

Ulteriormente los Acadios, pueblos semíticos que habitaban el valle septentrional del Eufrates, dieron a los Sumeros una batalla en cadena para conseguir la hegemonía en este proceso de unificación territorial.

En esta serie de actos grandiosos, que reflejaban el furor cósmico de los creadores y que daban la impresión de que en ellos intervenían las fuerzas cataclísmicas, en esta fundación de una región definida, la Siria tenía un papel indirecto pero bien evidente.

En resumen, el corazón fué un elemento de aceleración y de precipitación en esta síntesis, porque, cualquiera que fuese el nombre de la dominación en Mesopotamia, la expansión, el hábito de fuerzas brutas hacia el Oeste de estas potencias dinámicas se hacía sentir inevitablemente sobre la Siria, país de metales y de bosques, que faltaban absolutamente en Caldea.

El Medio Oriente debe la otra parte fundamental e inicial de su civilización a Egipto. Estática y apacible, porque su equilibrio interior estaba asegurado por la generosidad geográfica, esta potencia venía a buscar, como comerciante ordenado y versado, las mismas materias primas artísticas y estratégicas en esta sección Líbano-siria-palestina.

Así, la influencia de la Mesopotamia del Norte y la del Egipto del Sur se encontraron en este suelo de transición. De manera que el papel de guión comenzó ya a dibujarse hace casi cinco mil años.

En esta época pre-histórica y proto-histórica, vemos a la Siria manifestarse, por efecto de su función de separación natural racial, como un crisol de fundición étnica, produciendo mezclas más o menos estabilizadas.

Ella parece, sin embargo, destinada a su suerte, que fué la acentuación de su carácter semítico. Ya en la antigüedad comenzó a formarse un estado embrionario, el Líbano-Fenicio, la Siria-Aramaica, la Palestina-Cananea, esta falange famosa de mensajeros y de intermediarios para los bienes materiales y espirituales. Los autóctonos mediterráneos dominaban todavía particularmente en el Norte, en las costas Gibelitas. La semitización sensible fué obra de la segunda inmigración semítica, cuyo probable punto de partida fué la parte septentrional del Mar Rojo.

En este período, una febril actividad se demostró en la fundación de puertos a lo largo de las costas mediterráneas de Siria. Los Cananeos de Palestina, al Sur, y los Amorreos de Siria, al Norte, se confirmaron ya como figuras históricas.

Oleadas humanas que bordeaban el desierto viviente de la isla de Arabia, en dirección al marco urbanizado, se efectuaban más o menos al mismo tiempo que los acontecimientos de Mesopotamia, donde los Asirios semitas establecieron su hegemonía.

Siria ha servido de camino principal a la tercera migración, llamada amorita. Ella tuvo como resultado la erección del Imperio Babilónico, cuyo apogeo fué confirmado con el nombre de Hamurabbi, creador del Código, fundador de la monolatría mardoqueana, que precedió al monoteísmo. Pero la importancia de la inmigración culminó en Siria con la invasión ario-nórdica que, al contrario de la de los semitas, utilizó de un modo más clamoroso la escena variable de este agitado teatro. Pueblos de las altas mesetas anatolias e iránias cayeron sobre la Fértil Creciente y Siria, aumentando el contingente nórdico de la zona.

El efecto de este género de migración encontró su expresión extrema en la sorprendente incursión de los hiksos, y más aún en la inesperada reacción egipcia. Todos estos acontecimientos de convergadura, que se producían en zonas limítrofes de la Siria, se tradujeron a la postre en repercusiones indecibles sobre el corazón del Cercano Oriente.

La invasión de los pueblos del Mar, que destruyó el Imperio Hitita y que creó un vacío, borró la dominación proveniente del Norte y del Sur, instalando en su lugar una especie de feudalismo regional. Pero este período de descarga, que llevaba consigo la supresión de presiones ejercidas desde fuera, no constituyó un alivio, antes al contrario fué un período de confusión e incertidumbre. La falta de autoridad de las grandes potencias para garantizar el orden en este inestable escenario, arruinó los florecientes puertos líbano-palestinos. En esta encrucijada fatal, el orden económico y social no parecía ni fundado ni sancionado sino por la autoridad global de una de las grandes potencias, dueña del todo o de la mayor parte del Cercano Oriente.

Los fenicios políglotas, que mucho antes habían inventado el alfabeto, base milagrosa de nuestra civilización, se lanzaron al Oeste en busca de un mundo desconocido. Estas sucesivas oleadas de colonización, estas migraciones marítimas, eran como

la continuación de las caravanas del mar. Ellas sobrepasaron a las colonias de Sagros, al desbordarse del Mediterráneo al Atlántico. Ensacharon el horizonte de la Humanidad antigua.

Los hijos de esta zona híbrida, ilustres y osados comerciantes, realizaron las obras maestras de Cartago y España y llevaron a cabo la fundación de la periferia del Munto Occidental por el centro del Medio Oriente.

Era natural, puede ser, para los pueblos de esta región anfibia que separaba y unía a la vez el mundo continental y marítimo de antaño, que se volvieran hacia el mar cuando el comercio continental se agotó por el peso de las circunstancias.

En todo caso, de este esfuerzo sublime de los fenicios resultaba el desplazamiento del centro de gravedad económico del continente asiático y con él comenzaba igualmente el influjo del mar. En una palabra, surgió un nuevo mundo cultural.

El intercambio material e ideal entre el mundo de la civilización continental y el de la civilización marítima se concentraba sobre la costa siria.

Por una parte las guerras púnicas destruían el fruto de esta energía creadora, este poder fenicio marítimo trasplantado del Oriente al Occidente. Por otra, fracasaba la tentativa de dominación del viejo mundo continental-oriental sobre el joven mundo marítimo-occidental. El corazón del Cercano Oriente es plenamente responsable de este momento crucial que señalaba el comienzo de rectificación de la Europa naciente, cuyo edificante símbolo fué la gloria de Alejandro.

Así, la conquista de Tiro, punto central del centro del Medio Oriente, significaba al propio tiempo el hundimiento de la su-remacia nilótica y mesopotámica.

De esta derrota oriental y de esta victoria occidental nació, aunque por corto espacio de tiempo, la esperanza de unificación del mundo conocido. El corazón del Medio Oriente, este mundo medio, fué el agente de esta síntesis. Los seleucidas quedaron por algún tiempo como pasajeros vestigios de testimonio.

El movimiento espiritualista, con sus cultos de misterio y monaquismo que caracterizaba el período de transición entre el fin de la Antigüedad y el comienzo de la Edad Media, y que facilitaba la propagación del cristianismo y del Islam sucesivamente, encontraba sus ecos resonantes en las costas de la cuenca oriental del Mediterráneo.

Siria fué, desde el comienzo, la energía cinética que empujaba la filosofía griega, hasta llegar al Medio Oriente. La helenización del Cercano Oriente llevó un evidente carácter arameo-sirio. Siria, que enviaba sus hijos ilustres como emperadores a Roma, como juristas a Bizancio, como Papas al Vaticano, ha servido en esta etapa crucial de la historia como una especie de regulador-estabilizador que denuncia las disonancias en el concierto de los pueblos. En su cuadro cosmopolita de diversificación, reflejaba de una manera clara la tradición de una cultura individualista universal, expresión de una mezcla feliz y curiosa de culturas marítimas y continentales.

Siria, terreno propicio para el matrimonio de la mentalidad greco-occidental y de la religiosidad del Medio Oriente, engendraba en los monasterios muchas corrientes doctrinarias, que prepararon la atmósfera cultural para el acontecimiento culminante del siglo VII, acontecimiento que marcaba en su origen la acentuación de la visión y la escatología, a costa de la filosofía, y tal vez en cierta medida aun de la Teología y del dogmatismo. Así, Siria suavizó el realismo del desierto semítico.

En esta Siria sincrética e insinuadora de ideologías, de los mitos de conciencia y sociales, fueron echadas no sólo las bases de las instituciones del Imperio Arabe-Ommiáda, sino también la floración impulsiva del intelectualismo del Califato Irano-Abasida estaba asegurada en parte por ella.

En el fondo, desde el siglo VII la mayor parte de las escuelas filosóficas de la ciencia en árabe del Medio Oriente, que buscaba conciliar la realidad cambiante de la vida con la verdad inmutable de la inspiración, poseía su fuente original en Siria, en esta fuente parcial y trasplantada de la propia cultura griega que ha sabido realizar, para gloria de la humanidad, la armonía ideal entre la pasión y la razón.

La mayor parte de los centros de cultura en el proceso de helenización del Oriente, se hallaban establecidos en Siria o alrededor de ella. Desafiando esta imperiosa necesidad histórico-geográfica y por ello desafiando la lógica consecuencia, el Imperio Romano quiso hacer gravitar el centro en su metrópoli, situada en aquel entonces un poco en la periferia.

La división del Imperio fué secuela, puede ser, de esta subestimación errónea; pero Bizancio se aproximó de nuevo, comi-

parativamente pronto, al Continente representado por el Cercano Oriente.

Por el último éxodo furioso semítico-árabe que, traduciéndose en movimiento de «Ridda» en medio de la crisis social, exhibía la exitosa tentativa de unificación racial, dirigida por la plutocracia hedjociana, la conquista del corazón del Cercano Oriente equivalía a recoger un fruto ya demasiado maduro. Precursores como los Gasánidas y los Nabateos, habían preparado anteriormente esta cosecha.

Siria, imbuída y forjada sucesivamente por todas las bases de cultura, por todas las doctrinas y cultos orientales y occidentales, sirvió de punto de partida para una deslumbrante y sorprendente conquista bajo la égida de la misma aristocracia mercantil.

Fué Siria la que suministró los sables y los espíritus más agudos, con sus fuerzas materiales y espirituales, derivadas las más de una mezcla greco-iranía que guardaba su suelo.

Esta Siria los ponía a disposición de la más simple expresión del monoteísmo y hacía posible la edificación del Imperio coránico. Cuando el imperio de los Califas, contaminado por el virus de las disputas teológicas, comenzó a dividirse, a desmoronarse, a desparramarse, para terminar por agotarse bajo las condiciones desfavorables de la época, los pueblos que bajaron de las mesetas nórdicas llegaron a ocupar el trono y obtener el poder. En efecto, llegaron, desde luego, a apoderarse del poder temporal para investirse en seguida del poder espiritual. La propensión a la dialéctica del espíritu semítico, fuertemente analítico y que se manifestó siempre en Siria como la expresión de su personalidad independiente, recalcitrante a los símbolos soberanos, en el fondo continuaba de una manera contagiosa en todo el Medio Oriente sujeto, en gran parte, a la influencia cultural semítico-árabe.

En la Edad Media la inmigración turano-asiática, que llenó esta región falta de autoridad central, terminó por crear estados parciales que provocaron la intervención del Occidente Medioeval e igualmente feudal. Ejércitos llenos de audacia y de aventura, encarnizados por la exaltación de la fe, ejército asiático y ejército europeo chocaron fatalmente sobre el suelo de Siria. Estos caballeros de las cruzadas y anticruzadas libraron combates interminables, seguramente heroicos, pero tal vez inútiles.

En este período Siria veía acentuado su carácter de transición, su condición de corredor entre dos mundos que se hostilizaban.

Era su destino ser ardientemente deseada y ásperamente disputada por los dos antagonistas rivales.

Cuando los otomanos, abrazando el Islam ortodoxo y obedeciendo a las invariables exigencias geográfico-históricas, hicieron renacer en el Cercano Oriente la sola forma posible de un cuadro administrativo común, que no es otro que el de un Imperio, es decir, de una síntesis, en el fondo no hicieron más que reconstruir una de las últimas variaciones sobre el mismo tipo que reunía las características de los dos últimos ejemplos, el de los greco-romanos y el de los islamo-árabes a la vez.

Apoyándose demasiado en el lado islamo-oriental y mostrándose menos accesible a la cultura helénico-occidental, el Imperio Otomano, héchose débil y caduco a su vez, sucumbió bajo el peso de las mismas condiciones generales, económicas, sociales y culturales. También en este postrer modelo-tipo, Siria representaba la parte más estimada, más preferida, más privilegiada.

Una desconcertante complejidad de factores antagonistas contribuía paradójicamente al nivelamiento de las culturas, ayudando a traspasar barreras visibles e invisibles numerosas en esta región. Ellos aseguraron la semejanza desde el punto de vista de la forma de vida, la uniformidad cultural. Las condiciones naturales permitían el mantenimiento de relaciones, pacíficas o belicosas, pero constantes, entre las zonas variadas y lejanas. En una palabra, la naturaleza clemente suavizaba con frecuencia la brusca transformación de una parte en otra. De la relativa facilidad que hacía posibles las relaciones inter-regionales, nació una pluralidad de mutuas transmisiones de valores culturales. Eso significaba un aumento de posibilidades de cambio, denso en bienes espirituales y materiales, la semejanza, la afinidad...

Eso significaba, además, la respectiva fecundación del seno de una asociación de rigor formada por pueblos diversos. Se podría decir que se constituía ahí una cierta cooperación inconsciente entre los miembros de una sociedad regional, más allá de las fronteras locales. El perfeccionamiento de este círculo de cultura común progresaba penosamente y un poco ignorado por sus propios creadores. Los pueblos heterogéneos se movían en

un principio en torno a hogares improvisados y terminaban en su búsqueda por girar alrededor de la Siria. Todos los caminos conducían a ella... Todos estos pueblos disparados en busca de un modo de vida común luchaban, en medio de querellas interminables, por fundirse en una amalgama, en fuerza del calor común de su sangre derramada con profusión.

Siria, excelente terreno para la imitación creadora, estaba reservada y predestinada para conservar y salvaguardar para el Cercano Oriente los elementos comunes de cultura. Era el único espacio tangente que tocaba cada sector de la región y aun rozaba los puntos de otras regiones. Ella era, por decirlo así, único denominador común entre estas fracciones regionales. Sólo Siria hacía, por tanto, posible la utilización de estos elementos de cultura que frecuentemente pertenecían a los tesoros perdidos y olvidados de los lejanos portadores de las culturas que allí desfilaron.

Entre las fuerzas inherentes a este corazón, fuerzas de buena voluntad, figuraban las de conciliación e indulgencia, resultantes de formas diferentes de doctrinas monoteístas. Estas fuerzas espirituales reunían tanto a almas aisladas como a grupos que integraban comunidades. Con tal estado de cosas se creó necesariamente un ambiente inter-regional de cultura, en el que los pueblos condenados a vivir unos junto a otros se veían obligados no tan sólo a odiarse, sino también a conocerse y amarse. Se acostumbraron a las mismas formas y a los mismos modos de vida. A pesar de todas las vicisitudes, los roces, los malentendidos, los pueblos del Cercano Oriente, gracias a este desarrollo de un centro común de cultura, se sienten instintivamente atraídos los unos hacia los otros.

En medio de estas fuerzas unificadoras, que ejercían su influjo sobre la mayor parte del Cercano Oriente, la lengua árabe ha jugado un papel preponderante. Fué el elemento activo, catalizador soberbio. Fué harto decisiva en la resultante de los componentes que dirigían la evolución del Cercano Oriente.

La más joven lengua de la familia semítica, encantadora por su fonética melodiosa y por su exuberante sonoridad, parece poseer la fuerza fascinante del desierto y además encarnar su embriagadora sensibilidad. Por su riqueza y fecundidad, parece simbolizar el genio atormentado y perturbante de los semitas, creador asombroso del universo monoteísta.

La lengua árabe ha cumplido dos misiones históricas. Desde luego, fué el receptor virtual y el reflector intelectual de la existencia del pueblo árabe y de todos los pueblos por ella fundamentalmente arabizados.

Puesto que el alma nacional es un pensamiento continuado y que este pensamiento, en cuanto es acción perpetua se encierra y se revela en la lengua, la identidad de la espiritualidad lingüística y de la individualidad racial, se imponía a una gran parte del Cercano Oriente.

Gracias a los intelectuales árabes y sirios, la Filosofía griega encontró en la lengua árabe un digno receptor. Este latín del Cercano Oriente, durante toda la Edad Media, mientras las lenguas rivales de los grandes imperios se debilitaban, pudo expandirse a su manera.

Hubo, además, una circunstancia que favoreció esta expansión. Fué el Islam, movimiento de renovación y de reforma social, que surgía del desierto arábigo al margen de las corrientes civilizadoras. Del mismo modo, los pueblos de las estepas asiáticas, en grupos desparramados, entraron en la esfera del Cercano Oriente, estilizado a la manera árabe y fuertemente caracterizado por el Islam. Estos pueblos de las estepas preferían como modalidad de vida social la forma austera, simple y primitiva, de la ortodoxia islámica. Estos nómadas se acreditaron como audaces virtuosos en el arte de erigir estados soberanos dinásticos, de todas dimensiones y duraciones, que pulularon en pleno caos que esta época de crisis registró bajo el cielo de esta región sometida a prueba.

Bajo el influjo de esta circunstancia, la mentalidad semítico-árabe, gracias al medio de expresión de los ritos corámicos, dejó huellas imborrables en el aspecto cultural de todos estos pueblos del Medio Oriente.

Este influjo fué similar a otros que el Medio Oriente conoció en relación con la lengua griega. En el último tiempo sobre todo, cuando la propaganda en los comienzos del cristianismo se hacía por medio de la lengua griega, permitía la penetración del pensamiento y de la filosofía griega en el mundo cristiano.

Es así como la lengua árabe del mundo islámico, en su condición de mediadora de la filosofía griega, contribuyó a ampliar más las bases de acercamiento entre los pueblos del Cercano

Oriente. Siria, literaria y comerciante, contribuyó a crear este círculo de cultura específica.

¿Qué cosa fué este círculo de cultura?

La cultura es la tradición sentida y vivida. La tradición, el conjunto de hábitos y aptitudes, se define como la relación de los seres humanos con el medio, concretado en el espacio y el tiempo. De la fidelidad a la tradición depende el grado de fuerza de adhesión que une a los miembros individuales de cada colectividad. El Cercano Oriente, no obstante su variedad de forma y color debida a su complejidad estructural, posee la homogeneidad de tradición. Claramente se manifiesta la identidad de facultades para concebir y la disposición para sentir, resultado de una simbiosis prolongada. La analogía de interpretaciones ideológicas y pasionales de la existencia ha señalado a estos pueblos, de una manera discreta y completa, finalidades comunes en su círculo cultural. Siria fué el plano central de este desenvolvimiento.

Ella nos ofrece un aspecto minúsculo, pero fundamental, del propio Cercano Oriente, que encierra de un modo manifiesto u oculto todos los problemas concernientes a la región misma. Siria, avanzada anfibia, intenta fijar la actitud definitiva que debe adoptar actualmente frente al conjunto de problemas mundiales.

¡La historia no es otra cosa que una geografía vivida! De su historia, bosquejada muy a la ligera, he aquí algunas conclusiones características, que ponen de relieve algunas de sus cualidades distintivas y de sus prerrogativas:

Siria fué un foco de irradiación doble, a la vez dirigido hacia el Oriente y hacia el Occidente. A pesar de las transformaciones por ella sufridas, Siria resultó ella misma un transformador. En medio de los diversos cambios, ha tenido ininterrumpidamente una cualidad, la de ser mensajero e intérprete, intermediario y conciliador.

Siria fué a veces un punto de partida, un comienzo; otras fué un término, un punto final. Pero su carácter dominante fué un papel de transición. Ella absorbía las preciosas substancias de las culturas con las que estaba en contacto. La voluntad creadora implica la noción de libertad. Siria, engendrada por muchas culturas, de las que al propio tiempo fué ella alimentadora fiel, siempre estuvo ávida de renovación y de progreso.

Fué como un mecanismo lleno de energía, dispuesto tan sólo para el adelanto, presto en todo instante a unir e impulsar a la masa que tenía a su alrededor. Siempre fué animadora, inspiradora, iniciadora, propagandista. ¿Era por esto que se encontraba casi siempre descontenta y nerviosa, en querrela con lo que la rodeaba y en revuelta contra sí misma? ¿Quería ella dar pruebas superfluas de su vitalidad activa, de su fecundidad maciza, o quería subrayar desmesuradamente el carácter indómito de su individualidad demasiado marcada y desgarrada?

Fué ella uno de los guardianes de la herencia común del Cercano Oriente, al enriquecerse con la de Occidente. Se encontraba situada entre el mundo individualista del Occidente, derivado del régimen de ciudad libre y el mundo colectivista del Oriente, basado en el principio del Estado feudal. De ahí su condición de lazo intercontinental.

Todas las rutas terrestres y marítimas del viejo mundo convergían en Siria. Así, el comercio mundial le fijaba su destino. Para apoderarse de esos medios de fabulosas riquezas, de esas vetas de felicidad, todos los héroes soñadores o realistas del Oriente y del Occidente intentaron apoderarse del corazón del Medio Oriente. Fué ella la zona en que la acción, el sentido dramático de la historia encontró su motivo o razón de ser. Este punto neurálgico fué el lugar de las sentencias pronunciadas sobre el destino del Cercano Oriente.

Siria formaba una cabeza de puente, una explanada de defensa, una avanzada de ofensiva. Era un escalón que no podía despreciarse, un trampolín imperial irremplazable. De ahí su destino de ser objeto de eternas disputas. Por una parte, encerrada entre el mar y el desierto, era demasiado pequeña en comparación con sus vecinos situados favorablemente. Ella se veía estorbada desde el punto de vista potencial militar, no pudiendo echar a cada uno de sus invasores. Ella estaba condenada a una especie de eterno teatro de conflictos mortales. Por otro lado, era demasiado grande y, sobre todo, de una personalidad demasiado caracterizada para poder ser absorbida y asimilada después de tantas ocupaciones e incorporaciones por no importa qué potencias del mundo.

Por esto, sobre las tierras de este istmo, las duras huellas de las herraduras de la caballería marcial se prolongaban junto

a las suaves impresiones de las patas de los camellos de las caravanas comerciales.

Siria formaba un crisol en que los valores sedimentarios, traídos por las continuas corrientes culturales provenientes de todas las direcciones, se acumulaban y se fusionaban. Este crisol fué, al propio tiempo, la fuente de la que el Cercano Oriente sacaba su fuerza sintetizante en beneficio del acercamiento inter-regional e intercontinental. Siria, con sus fuerzas centrípetas que invitaban a la armonía, podía dar la garantía de la concordia.

Siria, corazón del Cercano Oriente, poseía, por tanto, su misión histórica por excelencia...

¿En qué consiste, por fin, esta misión histórica y cuáles son las promesas que de ella se desprenden?

La noción de una misión histórica incluye ciertamente la de pretensión, pues que ella presupone ineludiblemente la de lucha. Queda invariable la misión de este corazón que encierra las nociones de la esperanza bíblica, del amor evangélico y de lucha corámica. Las misiones históricas no cambian. ¿Sería, por lo demás, cosa concebible que un corazón se negara a su propio funcionamiento?

Esta misión histórica no es sino luchar con esperanza y amor por horizontes ensanchados, por miras elevadas, como explorador y preceptor dedicado y consagrado.

Es luchar por la comprensión mutua, por la cooperación racional, por la consolidación de la paz regional y colectiva. En fin, en una palabra, luchar por afirmar la concordia mundial. El «Corazón» no puede ni rehusar ni sustraerse.

Los tiempos siempre cambian, pero los espacios quedan siempre los mismos. Siria permanecerá siempre como un amplificador de los ecos regionales, un avisador, un sincronizador.

Siria es una zona mediterránea, medio oriental, medio occidental. Es una doble puerta de entrada y de salida. Pertenece, desde el punto de vista sentimental e intelectual, en el mismo grado a estos dos mundos opuestos el uno al otro. Es la zona en que chocan las concepciones y los intereses antagónicos continentales. El tiempo es un ente ideal que no puede ser concebido sino con las nociones de espacio. El tiempo trabaja en el espacio. Cada realidad histórica no puede existir sino geográficamente. Cada pedazo de tierra tiene vida que engloba simultáneamente

el pasado, el presente y el futuro. Repitiendo incansablemente estas máximas, se hace resaltar mejor el sentido de los hechos históricos, que llevan directa o indirectamente, visible o invisiblemente, el sello de su lugar originario.

La veracidad de este juicio se encuentra comprobada irrefutablemente e innegablemente en todas las acciones históricas emanadas de las tierras líbano-sirio-palestinas.

Siria, por su actividad intelectual más reciente, ha sido llevada a tomar y acelerar la iniciativa y el movimiento de emancipación. Ella ha ayudado a la mayor parte del Cercano Oriente a pasar de la conciencia literaria a la política, nacional y racial. Ella fué, en cierto modo, una inducidora y conductora a las corrientes ideológicas occidentales del siglo pasado, por ella experimentadas.

Fué el guía, el leader...

El último empeño impuesto a Siria por su misión histórica fué tomar la iniciativa para secundar al Cercano Oriente. Esto es perentorio en vista de las exigencias del mundo naciente de buena voluntad, este mundo nuevo, libre y humano. Esto significaría venir en primer lugar en su propio socorro, comenzando la caridad por sí mismo. Ella no puede sustraerse a su papel humanitario de buen Samaritano.

¿Cuál será el esfuerzo real que este corazón tendrá que desplegar?

El de sobrepujar y hacer sobrepujar el chovinismo ciego, el nacionalismo exagerado, que es una explotación excesiva de los sentimientos patrióticos, interpretación errónea de la personalidad colectiva y de la individualidad cultural. En fin, el de cesar y hacer cesar ese abuso de mistificación de desfigurar la noción de la tradición, en detrimento de la del género humano. En resumen, el de prohibir la violación del sentido ascendente de la humanidad, impedir las fabricaciones de ídolos ficticios y de ideologías ficticias.

El corazón del Cercano Oriente, en la hora actual más que nunca, es llamado a asumir su papel y su misión histórica. Está llamado a ser la antorcha de amor y de espíritu para que todo el Cercano Oriente encuentre el camino de compasión para pasar de la conciencia local a la conciencia regional.

Este camino de felicidad es, evidentemente, el mismo que conduce a la salvación mundial. Porque la región del Medio

Oriente ensanchada de esa manera, significará, desde luego, el engrandecimiento de ese corazón mismo, y en seguida esta región poseerá el poder suficiente para intervenir con éxito en las relaciones permanentes y delicadas del Oriente y del Occidente. Esta intervención de conciliación y de comprensión, por su parte, representaría la prolongación de la escena y del papel de Siria, el auge de su función regional en servicio del mundo. Este acto de salvación indicará sencillamente el cumplimiento de la entrega de la región central a la región entera. Por decirlo así, la zona-corazón querría extender sus facultades excepcionales a toda la región. Puede ser que esta delegación de poder extraordinario y legal sea necesaria, ya que el diferendo entre el mundo occidental y el oriental ha llegado a ser de peso y, además, estos dos mundos cada uno de por sí son actualmente más vastos que antaño.

En resumen, captar, hacer converger y unir las corrientes de buena voluntad que surgen felizmente de todos los rincones del Cercano Oriente, que comienza a tener conciencia de su solidaridad orgánica, es la base en que descansa el compromiso histórico último del corazón de nuestra región común.

Al tomar la resolución estoica de renunciar a la vanidad hueca y estéril en provecho de la interdependencia sana y fecunda, dará el ejemplo a toda la región.

Gracias a esta decisión traerá la purificación de la atmósfera y ayudará a la orientación, en su marcha serena, a toda una región para que constituya una parte integral de un mundo más feliz y para crear un ambiente más compatible con la dignidad humana.

¿No parece que este corazón irritado y exaltado exhorta de una manera perspicaz a la colaboración eficaz? Este corazón inquieto, siempre afiebrado y en movimiento, ¿no parece preocupado de cumplir su función de estabilización, de pacificación y de entendimiento? Este corazón desgarrado y que parece saborear la sangría y que, en fin, bate, se bate y se debate eternamente, ¿no hace tal vez todo eso para inculcarnos la tolerancia, la moderación, la ponderación?...

Que triunfe sobre sí mismo, que continúe funcionando y nos anuncie la cercana aurora de un «Cercano Oriente Nuevo», unido en sentimientos y rejuvenecido en pensamiento, verdadero

y palpable milagro del amor y del espíritu digno de esta tierra sagrada y bendita.

Este deseo, ¿es acaso un reflejo de fantasía, de espejismo, de sueño? Convengo en que es un ideal... Pues bien, queridos coterráneos, que estemos lejos o cerca, de buen o mal grado, no tenemos más que formular este voto, reiterar este deseo...

Inclinémonos, con esperanza y deferencia, ante este germen eterno, ante este ramillete multicolor y multiforme que es el Cercano Oriente. Apreciemos este maravilloso germen que parece no querer ni poder resignarse a marchitarse.

Queridos coterráneos, rindamos un homenaje entusiasta a este ideal noble que encarna este corazón, que en toda su existencia muchas veces milenaria se desarrolló constantemente con múltiples formas de cultos y culturas y supo guardar su calor humano.

Queridos coterráneos, conservad con piadosa nostalgia la sensibilidad del origen común, el persistente amor de esta región común. Habéis logrado en el «Nuevo Mundo» aseguraros un nuevo hogar común. De este modo, habéis renovado la base y las condiciones de vuestra vida. Desde ese momento os habéis renovado en vuestra alma, en vuestro espíritu y en vuestra vida. Todos vosotros estáis llamados a hacer a este corazón capaz de renovarse también y de crear así el «Nuevo Cercano Oriente», de realizar este mito humano.